

Amigos míos:

Al agradecer las elogiosas palabras del
quiero saludar a los escritores de Colombia, a todos los hijos de
Colombia, la gran nación hermana, cuya idiosincracia es tan semejante a
la de mi tierra y cuyo corazón late por los mismos ideales.

La tarea que emprendo en este momento, no carece de audacia:
vengo a hablar de poetas en una tierra de poetas. Pero, si emprendo esta
tarea que he llamado audaz, es porque considero que el interes inmediato
de los países latino-americanos está en el intercambio continuado que nos
lleve a una mutua y provechosa cooperación. Intercambio de artistas, de
profesores, de estudiantes, de obreros. Divulgación de libros y revistas.
Que cada nación se nutra de la cultura de la nación vecina. Que las obras
y expresiones nuestras, tengan su raíz, no en Europa y Estados Unidos, si-
no en América Latina. Estamos muy cerca y muy lejos. Son veinte naciones
de una misma raza y una misma lengua (salvo Brasil) que se desconocen en-
tre ellas y que viven, la una respecto de la otra, en el más completo ais-
lamiento aduanero, financiero e intelectual.

El pecado de América Latina ha sido estar prosternada ante la
cultura europea. Nadie más devota que yo de esa cultura: fui educada en
Francia, nutrida de ella, espiritualmente. Pero creo que, si en medio de
un mundo lleno de escombros quremos sobrevivir, debemos ser más nosotros
mismos, desentrañar la riqueza de nuestras hondas raíces y beber en las
fuentes vivas de nuestra propia modalidad. América Latina ha de encontrar
su camino. Para ello, amigos míos, debemos acercarnos, debemos unirnos,
por todos los medios. Sólo de ese modo nacerá un espíritu de cooperación
creadora; sólo de ese modo daremos ruta al gran destino americano.

El anhelo de poner un granito de arena en esta grandiosa obra de
confraternidad americana, es el que me ha traído hasta vosotros esta tarde.